262

35.

PANCHO, EL NEGRO.

Relacion histórica de lo acaecido hace poco tiempo en una poblacion de América, por la ambicion de un tutor en contra de una pupila.

En cierta poblacion de América,
cuyo nombre me reservo,
víctimas de la epidemia
un matrimonio murieron
dejando en tierna orfandad
á una niña, como un cielo,
que de edad solo contaba
unos seis años y medio;
y era única heredera
de un capital muy inmenso.
Sus padres la confiaron
á un colono, ya algo viejo,
que hacia muy pocos años
dirigía sus ingenios.
Este se constituyó
desde aquel mismo momento
en único apoderado
y tutor al propio tiempo
de la pequeñita Tula:
llamado don Heriberto.
Hombre de corazon duro
fué los ingénios rigiendo

y administrando los bienes,
con deshonroso provecho
de sus propios intereses;
mas nó le bastó con esto.
Maquinó una noche el crímen
mas horroroso y tremendo
que narra la humanidad
en sus fábulas y cuentos.
las dos lanzaba al aire
la campana de algun templo;
la noche estaba tranquila,
limpio y claro el firmamento.
Tula en su lecho de pluma
dormia el hermoso sueño
de la inocencia mas pura,
cuando el vil don Heriberto,
con la tempestad que rugia
en su corazon de cieno,
silencioso como el gato,
decidido ya y sin miedo.
dejó la cama de un salto.
Se fué al velador con tiento,
encendió una lamparilla,
abrió un secreter luego,
tomó de él un puñal,
puso en su hoja veneno
y á la cámara de Tula
dirigió su paso trémulo.
La puerta estaba entornada,
poco á poco la vá abriendo;
la luz de la lamparilla
le alumbra ya el corto trecho
que de Tula le separa.
Se le erizan los cabellos;
pero á consumar el crímen
aun se encuentra resuelto.
Tula tendida en la cama,
y descubierto su seno,
entreabria sus lábios
una sonrisa imprimiendo.
¡Pobre niña de diez años,
la muerte se está cerniendo
encima de su cabeza
por la ambicion de un viejo!
Con satánica mirada
recorre D. Heriberto
todo el hámbito del cuarto,
parándose junto al lecho.
Levanta su airado brazo...
¡mas hay! no deja caerlo.
Como una estátua enclavado
permanece largo tiempo.
Le asalta una nueva idea,
un pensamiento mas bueno;
y algo tranquilo murmura:
—«Eso es; sí; aguardemos
»unos cinco años mas
»y así su sangre no vierto.»

Sale á prisa de la estancia,
el puñal deja en su puesto,
apaga la lamparilla
y en su cama entra de nuevo.
Pensaba matar á Tula
para ser su heredero
y cuando el arma homicida
iba á clavarle en el pecho,
como una vision celeste
le pareció durmiendo
en medio de una aureola
sú rostro mucho mas bello.
Entonces determinó
para lograr su objeto
aguardar cinco años mas,
calculando en sus adentros
que cuando Tula tendria
quince meses de Febrero
no conociendo el amor
ni del mundo los festejos,
él la haria su esposa
sin obstáculos ni empeños.
Tan pronto se levantó
de la cama, fué á un ingénio;
y con mucho aplomo y calma
llamó hasta él á un negro.
Este se llamaba Pancho,
encargándole severo
que vigilase á la niña
de contínuo; y añadiendo:
—«La edad de las pasiones,
»en paises como el nuestro,
»es prematuro en las niñas;
»vigila y habrá dinero,
»mas si te descuidas palo,
»que yo doy lo que prometo.»
Pancho pues fué el centinela
de la niña, sin saberlo
ella, ni aun sospecharlo.
Así fué pasando el tiempo,
Tula creciendo en edad;
Pancho cobrándola afecto.
Una tarde de verano
iban los dos de paseo,
cuando un jóven militar,
español y caballero,
entabló conversacion
con la niña y con el negro.
Algunos dias despues
vuelve ese mismo sugeto
y empieza á lisonjear
á la niña con provecho;
puesto que Tula le escucha
y Pancho se hace el sueco.
Por últimò el mílitar
con mucha prudencia y celo,
dice á la niña «te amo;»
la niña dice «te quiero;»

y Pancho no dice nada,
cual si fuese un estafermo.
Se vieron todos los dias
sin que lo supiera el viejo,
y tula estaba ya próxima
á cumplir los quince Eneros.
Venció el plazo y los cumplió;
y una mañana de invierno
estando Tula en su cámara
trabajando en el tablero
oye llamar á la puerta
muy despacio y algo quedo.
—«Adelante ya el que sea,»
responde con dulce acento;
se abre la puerta y aparece
en ella don Heriberto.
Ella con galanteria
le invita á tomar asiento;
él se sienta, se le acerca
y sin ningun cumplimiento
le espone en pocas palabras
su venturoso proyecto.
Tula se admira, se pasma
y nada responde al viejo:
él insiste y ella calla;
él se enfurece en estremo
y á que responda la obliga;
entónces con llanto acerbo,
le contesta;—«Soy muy jóven;
«aguarde usté á mas tiempo.»
—«Ha de ser ahora ó nunca.»
—«Lo que es ahora no puedo.»
—«¿Qué no puedes me respondes?
»eso pronto lo veremos.»
Se levanta furioso
y sale del aposento
cerrando ántes por fuera
la puerta, con mucho tiento.
La niña al mirarse sola
y encerrada por el viejo
se postra ante una imágen
de la Vírgen del Remedio,
implorando compasion
en su estado lastimero.
El tutor hizo llamar
acto contínuo al negro,
á quien aun creia fiel,
y le dice: «¿Has descubierto
»algun amor en la niña?»
—Pancho responde:—«No creo
»que tan jòven ame aún.»
—«Si lo que dices es cierto
»¿cómo es que nó me quiere.
»cuando vè que me desvelo
»toda mi vida por ella
»y ser su esposo deseo?»
Pancho se encogió de hombros.
—«Mira, Pancho, yo te ofrezco

»la mitad de mi fortuna
»y tu libertad te cedo
»si en ayudarme te avienes.»
Con notable fingimiento
demostró el negro alegría
para alucinar al viejo;
éste lo coge del brazo,
y de puro enojo ciego,
á un pasillo le conduce
largo, oscuro y estrecho.
Allí le dijo;—«Esta tarde,
»cuando vaya oscureciendo,
»te presentarás á Tula
»y la dirás que yo ordeno
»que pase á vivir contigo
»á otro de sus ingénios;
»si no quiere pagar caro
»su ridículo desprecio.
»Ella á tí te seguirá,
»tú la llevas á otro puesto
»y con tu mismo cuchillo
«destrozas su jóven pecho;
»despues tráeme su cabeza
»que yó ya te daré el premio.»
Completamente tranquilos
quedaron los dos de acuerdo,
citándose en el jardin
cuando ya estuviese el hecho
con éxito consumado,
y del pasillo salieron.
El sol oculta sus rayos
tras los montes y los cerros,
las tínieblas de la noche
el espacio ván cubriendo;
Tula aún está en su cuarto;
sin que en todo este tiempo
haya probado bocado
cuando á llevárselo fueron;
de pronto en la cerradura
oye el ruido estratègico
producido por la llave
al dar la vuelta en su centro;
su mirada hácia la puerta
con temor va dirigiendo
pues presume con espánto
que vuelve don Heriberto;
pero se engaña, no es él;
es Pancho su compañero
que entra con paso cortado,
la cabeza sobre el pecho,
sus ojos vertiendo lágrimas
y su rostro cadavèrico.
La niña crée soñar
al ver de tal modo al negro
y sin perder un instante
corre ansiosa á su encuentro.
—«¿Por qué lloras, Pancho amigo,
»sabes quizás mi tormento?

—«Sè más señora, sé más;
«así nos ampare el cielo,»
dijo y se dejó caer
sobre un sillon, sin aliento.
—Habla, Pancho, no retardes;
«¿qué nos quiere hacer el viejo?»
Alentado poco á poco
fué el criado refiriendo
el crímen premeditado
por un tutor tan perverso.
Tula no llora, se rie;
y pregunta con sosiego
si quiere Pancho cumplir
ese criminal proyecto.
Pancho responde que no;
entònces Tula al momento
se llega á una rinconera
donde hay un busto de yeso,
que figura una matrona;
rompe de la estátua el cuello
y se guarda la cabeza
medio envuelta en un pañuelo.
Pancho la contempla absorto
y ella con seguro acento
le dice:—«Te llevarás
»en nuestra compañía un perro;
»y si la hora ha sonado
»cuando tu quieras marchemos.»
Salen los dos de la estancia
y al cruzar otro aposento
vieron un perro de lanas
sobre una silla durmiendo.
Pancho lo coge y la niña
le dá en el hocico un beso:
por fin llegan á la calle,
la noche oscura y lloviendo,
Tula dirige al criado
por calles y vericuetos;
llegan frente de una casa
de muy elegante aspecto
y suben de la escalera
los tramos, los dos á un vuelo;
llaman despues á una puerta,
esta se abre luego,
entran y vuelve á cerrarse.....
lo demás yá lo sabremos.
La noche es fria cual nunca,
la lluvia toma incremento.
ingendra rayos la nube,
empieza á escucharse el trueno
y un hombre pasea impávido
por el jardin de un ingénio.
Ese hombre es un criminal,
es el tutor Heriberto
que aguarda de su pupila
ver la cabezá en el suelo.
Tres horas ha que pasea
á la intempérie del cielo
desesperado por que
nunca vuelve Pancho, el negro.
Mas de pronto sevé una luz
que avanza por los senderos
y á la verja del jardin
viene á pararse luego.
—«Es Pancho, sí, ya está aquí,»
murmura ansioso el viejo.
Efectivámente es él
que con hacha de viento
dá vueltas por el jardin
buscando á don Heriberto.
Lo encuentra al fin y le dice:
—«Aqui vengo por el premio;
»os entrego la cabeza,
»decidme lo que merezco.»
La coge él con sus manos
y al reconocer que es yeso
esclama:—«¡Traicion!
»me ha vendido Pancho, el negro.»
Pancho saca su puñal
y se abalanza hácia el viejo,
pero en esto se presentan
Tula y su amante ligeros
él con la espada en la mano
ella á evitar un siniestro.
El tutor queda confuso
y Tula dice:—«Teneos:
»¿Usted queria mi sangre?
»yo le doy la de mi perro
»y con ella ensangrentada
»una cabeza de yeso;
»piense usté que esta es la mia,
»y á Dios ya don Heriberto;
»mañana seré la esposa
»de ese jóven caballero
»y hoy concluye la tutela
»que un dia le confirieron.»
Salió confuso, aterrado
del jardin el fatal viejo
alumbrado por un rayo
que á su paso arrojó el cielo.
La rica niña casó
con el militar apuesto
y en recompensa adquirida
Panchò se quedó con ellos.
Dios haga que nunca al hombre
llegue á cegarle el dinero:
y aquí dá fin el relato
de este histórico suceso.

Se hallará de venta en casa los sucesores de Antonio Bosch, calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13.

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez y Comp.ª, Pasaje de Escudillers, núm. 4.—1876.